

Presentación

El cristianismo hace posible *una humanidad nueva*. En nuestro tiempo –un cambio de época–, los cristianos podemos proponer una educación desde la perspectiva de la humanidad nueva que Cristo nos ha traído y otorgado.

El humanismo cristiano se sitúa en la *continuidad* de lo humano. Es una propuesta y un camino para llevar a plenitud lo humano. Ciertamente, sostenemos que no es solamente un fruto de lo humano, sino de la sorprendente intervención de Dios en la historia, por medio de la encarnación de su Hijo Jesucristo.

El concilio Vaticano II afirma que Cristo revela el hombre al propio hombre (*Gaudium et spes*, 22). Y eso supone una *absoluta novedad*, puesto que por nosotros mismos nunca podríamos haber llegado a ese nivel: nada menos que vivir la existencia humana participando a la vez de la vida divina.

Desde el comienzo del cristianismo, la visión cristiana del hombre ha dado prueba de esa capacidad para iluminar y dar vida a la educación. Hoy se ha hecho más urgente esa tarea, a causa de la crisis antropológica que afecta a gran parte de nuestra cultura. Comprobamos que se necesita algo así como un «mapa educativo», que permita subsanar las unilateralidades que en este campo se han producido, particularmente en el último siglo.

Hoy somos cada vez más conscientes de que educar supone respetar la unidad de la persona y construir sobre las dimensiones de la existencia humana: racional, afectiva, social, trascendente; permitiendo su intercomunicación viva desde el centro mismo de la persona y con los demás y el mundo. Esto es lo que intentan los educadores, pero sabemos que ni en la teoría ni en la práctica es un logro que se pueda dar por alcanzado.

Educar de un modo integral requiere evitar unilateralidades. Es preciso superar un acento exclusivo en lo cognitivo, sin caer en una exageración del aspecto afectivo y experiencial (siendo tan necesario), o perderse en la dimensión de la sociabilidad (que lleva consigo la comunicación, los lenguajes, etc.), sin la cual la educación toma inevitablemente una deriva individualista; porque la persona crece y madura en su trascenderse, en su abrirse a los demás y a Dios.

Es fácil estar de acuerdo en que una educación que aspire a la *integración* de la persona es la que mejor sirve también en las circunstancias actuales. Esto puede llevarse a cabo de modos y por caminos diversos.

La inspiración que aporta la fe cristiana contribuye a la necesaria apertura de la tarea educativa a la trascendencia. En un ambiente de pluralismo social y religioso, la perspectiva cristiana facilita aspirar a una auténtica globalización ética y educativa en nuestra *cultura digital*. Hace posible una existencia nueva, que viene acompañada de las semillas de una tierra nueva, de un mundo nuevo.

Ese mundo nuevo, al que la educación está llamada a contribuir, se abre de una manera original desde el corazón de las personas y desde las culturas en las que prende el mensaje cristiano. Un mensaje que, completando la experiencia y la razón humanas, entra en diálogo con todo lo verdadero y noble, a la vez que señala, decíamos, un horizonte insospechado.

Los últimos papas han sido conscientes de las necesidades educativas de nuestro mundo y vienen promoviendo un «pacto educativo global» entre las instancias correspondientes (familia, escuela, Iglesia, sociedad civil, religiones, escena internacional).

Por otra parte, la pandemia del covid-19 ha replanteado nuevos e importantes retos a nivel educativo. Estaba ya en marcha un proceso de renovación del currículo de la religión en distintos países, de acuerdo con requerimientos cada vez más internacionales y globalizados. A ello se añade, en lo que respecta a la Iglesia católica, la publicación de la tercera edición del Directorio para la catequesis (marzo de 2020) y el establecimiento del ministerio instituido de los catequistas (mayo de 2021).

Este panorama hace conveniente disponer de una visión de conjunto para la pedagogía de la religión y concretamente de la fe católica.

Las propuestas y sugerencias para la educación de la fe en la actualidad afloran en estas páginas a partir del estudio, del diálogo y de la experiencia de muchos. Aquí se subrayan aspectos que hoy aparecen como particularmente relevantes para nuestra tarea: el trasfondo de la *antropología cristiana*, que tantos frutos ha dado y seguirá dando; el *camino de la belleza*, olvidado en los últimos siglos, pero aclamado en nuestro mundo educativo; la *interdisciplinariedad*, invocada por todas partes, especialmente en la investigación y en la educación, pero necesitada de orientaciones concretas; la necesidad del *discernimiento* como clave en toda acción humana, también en las educativas; las claves específicas que para la educación de la fe proporciona el *Catecismo de la Iglesia católica* (se cumplen treinta años de su publicación), como referencia esencial para la educación de inspiración cristiana.

El contenido de este libro se distribuye en tres partes. La primera presenta la necesidad de una acción educativa que promueva la integración de la persona en su propio crecimiento y maduración. La segunda muestra la centralidad de Cristo en una educación cristiana que aspire a ser coherente. Acorde, por tanto, con las dimensiones educativas de la fe. La tercera concreta algunos objetivos y medios para esa tarea en el marco de la nueva evangelización.

En su exhortación programática *Evangelii gaudium* (24-X-2013) escribe Francisco:

«Anunciar a Cristo significa mostrar que creer en Él y seguirlo no es solo algo verdadero y justo, sino también bello, capaz de colmar la vida de un nuevo resplandor y de un gozo profundo, aun en medio de las pruebas» (n. 167).

Dirigidas principalmente a los educadores cristianos (profesores, sacerdotes, catequistas, padres y madres de familia, etc.), estas páginas quieren iluminar la educación de la fe desde la visión cristiana de la persona. Aspiran, por tanto, a contribuir a esa tarea en que se traduce la educación: humanizar el mundo. Al mismo tiempo, desean mostrar la aportación del mensaje cristiano, en un horizonte de belleza y de esperanza.

Esta aportación se ofrece no solo en los centros educativos de inspiración cristiana o más concretamente católica. Se ofrece también en los centros de fundación pública o estatales dentro del marco legal que facilite el ejercicio de la libertad religiosa.

De este modo es deseable que, por medio de los acuerdos pertinentes entre el Estado y la Iglesia católica y otras confesiones religiosas, los centros educativos puedan proporcionar una educación que esté basada en la dignidad humana, el bien común, la solidaridad y el cuidado especialmente por los más débiles, y por la Tierra como bien para todos.

Y así, esta educación conforme a los deseos de las familias y los ciudadanos que integran nuestras sociedades, estará en condiciones de ayudar a crecer a las personas, de modo que puedan contribuir a mejorar el mundo.

En el contexto de la promoción del *pacto educativo global* ha señalado el papa Francisco: «Creemos que la educación es una de las formas más efectivas de humanizar el mundo y la historia» (*Videomensaje*, 15-X-2020).